

EPISODIOS DE UNA REVOLUCION FRACASADA

Huelgas y motines

XXIV

Alicante, que es acaso la provincia donde tiene más fuerza el republicanismo en España, fué también la provincia donde el movimiento revolucionario del pasado diciembre estuvo mejor organizado. Pueblos de importancia la mayor parte de los que la componen, al calor de una industria floreciente se han concentrado en ellos masas obreras muy numerosas. En los unos, como Villena, Alcoy y Elche, predominan las organizaciones socialistas; en los otros, como Elda, ejercen una señalada hegemonía los sindicatos únicos. Y socialistas y sindicalistas se mostraron desde el primer instante bien dispuestos a secundar los planes revolucionarios de la Junta de la capital.

En casi todos ellos se formaron Juntas republicanas y Comités de huelga que, a diferencia de los de Alicante, guardaban entre sí estrechas conexiones. Estas conexiones eran tan estrechas, que, en algunos puntos, como Aspe y Callosa, los mismos individuos organizaron las huelgas y prepararon los motines.

Desde mucho tiempo antes de producirse los sucesos, que tuvieron una larga y laboriosa preparación, estas Juntas locales mantuvieron un íntimo contacto y, en cierto modo, una solidaria dependencia con respecto a la de Alicante. De ésta recibían órdenes, instrucciones y aun elementos de propaganda por medio de delegados que destacaban, ya la capital, ya los mismos pueblos.

Los organizadores de los alzamientos en los pueblos eran poco numerosos, por lo general; a lo sumo, una media docena, pero siempre, salvo contadas excepciones, conocidos de todos por sus ideas exaltadas y extremistas. Aprovechaban preferentemente para sus designios, como elementos perturbadores, a los mozalbetes, que, por su irreflexión y acometividad, se prestaban fácilmente a promover toda suerte de algaradas.

Huelga general en veinte pueblos

Que el movimiento general de la provincia obedeció a un plan y a una orden, está fuera de toda discusión. En todas partes, desde la noche del domingo 14, se tenían indicios ciertos de que algo se preparaba para el día siguiente. En Alicante estalló la huelga general en la mañana del lunes y a mediodía comenzaron a llegar al Gobierno civil comunicaciones de los diversos alcaldes en las que anunciaban que había sido secundado el paro en sus jurisdicciones respectivas. Por la tarde se tenían noticias de unos veinte pueblos en los que el paro era general.

Que nosotros sepamos, aquel mismo día se declaró

la huelga en los siguientes puntos: Alcoy, Callosa de Segura, Cocentaina, Elche, Elda, Denia, Albaterra, Jijona, Dolores, Monóvar, Novelda, Orihuela, Pinoso, Pego, Villena, Villajoyosa, Aspe, Altea, Petrel y Torrevejeja. Ello obligó a las autoridades a concentrar las fuerzas de la Guardia civil en los pueblos de mayor importancia, como Alcoy, Elda y Orihuela, y en la capital. Los pueblos más pequeños quedaron sin fuerzas, y entonces empezaron a manifestarse los sucesos de señalado carácter revolucionario.

Rumores y patrañas

Conviene destacar la especial importancia que en el desarrollo de los hechos tuvieron las patrañas y rumores que con gran profusión circularon. Cuando nos refiramos a los sangrientos sucesos de Aspe, hemos de aludir concretamente a la influencia que una de aquellas patrañas pudo ejercer para que los revoltosos llegasen al choque con la fuerza pública. Tenemos el convencimiento de que tales bulos respondían también a una organización y a un propósito deliberado.

A mediodía del lunes 15 se conocía en Alicante el texto del radiograma lanzado aquella misma mañana por los sediciosos de Cuatro Vientos y en el que se anunciaba la proclamación de la República en Madrid. En Alicante no existe ninguna estación radiotelegráfica; pudo muy bien, es verdad, haber sido captado el mensaje por alguno de los barcos surtos en el puerto, pero es poco probable que su tripulación lo pusiese en manos de los revoltosos antes de haber dado de él conocimiento a las autoridades de la provincia. ¿Cómo pudieron, pues, conocerlo los revolucionarios? Se nos ha hablado de la existencia de una estación receptora clandestina, pero dudamos de la efectividad de este aserto.

Por otra parte, el radiograma llegó aquel mismo día a otros varios puntos. En Elda fué exhibido en una pizarra del Círculo Republicano. Y ello hace suponer que el texto de tal despacho estuviese en poder de los revoltosos alicantinos antes de la mañana del lunes, es decir, antes de ser lanzado por la estación de Cuatro Vientos.

Los bulos eran circulados con perfecta regularidad. Ya hemos recogido algunos de los que corrieron por Alicante. Todos ellos, corregidos y aumentados, llegaron a los pueblos, donde los revoltosos los acogían con regocijada satisfacción. Los emisarios de la capital y los delegados de las Juntas locales que regresaban de aquella se encargaban de propararlos. Se decía que la situación era muy delicada en Alicante y hasta se llegó a asegurar que los revoltosos habían asaltado el Gobierno civil, del que lograron hacerse dueños. Y, de esta manera, no tiene nada de extraño el absoluto convencimiento que en todas partes se tenía el martes 16

de que la capital de la provincia, en manos de los revolucionarios, había proclamado la República.

La Prensa de Madrid llegaba con dificultad y era muchas veces secuestrada. Se carecía, por ello, de noticias de auténtica fuente que contrarrestasen el pernicioso influjo que sobre las masas ejercían todas aquellas fantasías tendenciosas.

Motines revolucionarios

Aspe, Callosa de Segura, Elda y Elche fueron las poblaciones alicantinas en que se produjeron motines revolucionarios de mayor importancia. En las dos primeras hubo que lamentar algunas víctimas. En sucesivas crónicas expondremos con todo detalle lo que aconteció en ellas. En otros grandes pueblos, como Novelda, Monóvar, Petrel, Crevillente, Villajoyosa y Hondón de las Nieves, hubo también alteraciones de orden público, con manifestaciones callejeras e interrupciones de toda clase de tráfico, que, por fortuna, no generaron en disturbios de mayor gravedad.

Sin embargo, en ninguno hubo proclamación de República ni los revoltosos, pese a sus amenazas, lograron hacerse dueños del Ayuntamiento. Los alcaldes respectivos no dejaron de actuar como tales, si bien con dificultades que imposibilitaban toda acción eficaz. Los de algunos pueblos, ante la carencia absoluta de fuerzas para restablecer el prestigio de la autoridad y de la ley, se encogieron de hombros y observaron una actitud pasiva. Y, en términos generales, puede asegurarse que, de haberse dispuesto de fuerza pública en cantidad suficiente desde el primer momento, los incidentes desagradables hubiesen sido bastante escasos.

En la tarde del mismo lunes se hizo cargo del mando de la provincia el gobernador militar, general Cano Ortega. Aquella noche circuló instrucciones a los alcaldes para que proclamasen el estado de guerra en sus localidades respectivas. La orden fué cumplimentada con toda rapidez y, con excepción de Alcoy, donde, por haber guarnición, existe Gobierno militar, la proclamación fué hecha por los Ayuntamientos, que, a falta de elementos para darla más solemnidad, se limitaron a fijar el bando en el tablón de edictos.

Las comunicaciones ferroviarias

En Alcoy, el centro industrial más importante de la provincia y el de mayor población obrera, tenían concentradas sus mayores esperanzas los revolucionarios alicantinos. A pesar de ello, la actitud de Alcoy les defraudó bien pronto. Predominan en aquella ciudad los elementos socialistas y los sindicalistas comienzan a tener algún arraigo. Sin embargo, no parece, por lo que respecta a los primeros, que estén en relaciones muy cordiales con las organizaciones similares. Castigados por huelgas muy frecuentes, sienten una cierta desconfianza hacia sus directores y no se avienen con facilidad a ser juguete de manejos revolucionarios. Por ello, se limitaron a ir a la huelga, sin tener intervención más activa.

Se supo, al iniciarse el movimiento, que en un mon-

tículo próximo a la población se habían reunido hasta un centenar de revoltosos con el propósito de fijar la conducta que habían de seguir con relación al movimiento. Fueron enviadas a aquel punto algunas fuerzas de la Guardia civil y del Ejército, a cuya presencia se disolvió inmediatamente el grupo. Algunos de los individuos que lo componían quedaron detenidos; los demás, no volvieron a celebrar ningún conciliábulo. Y la huelga transcurrió en medio de la mayor tranquilidad.

Gata de Gorgos fué el primer pueblo en que se cortaron las comunicaciones ferroviarias. Grupos de revoltosos levantaron algunos carriles del ferrocarril estratégico de la Marina, entre Denia y Gata y entre Gata y Tenlada. La interrupción duró muy pocas horas. Enteradas de ello las autoridades alicantinas, dispusieron la salida de un tren especial con elementos para reparar las averías y con fuerza armada. Fueron reparados con toda prontitud los destrozos, y de tal manera se asustaron los vecinos de Gata por lo que habían hecho, que el alcalde telegrafió diciendo que el pueblo estaba dispuesto a indemnizar a quien correspondiese por los perjuicios que unos cuantos irresponsables habían ocasionado.

En Altea, pueblo también de la costa, las turbas interrumpieron las comunicaciones cablegráficas con las islas Baleares. Varios periódicos afirmaron por entonces que había sido cortado el cable submarino. Esta versión no es enteramente cierta. Lo que cortaron los revoltosos fué el hilo que con el citado cable submarino enlaza la estación telegráfica. Claro es que el efecto era el mismo y que quedó interrumpida la comunicación.

En Orihuela hubo paro general y algunos grupos recorrieron las calles dando vivas a la República. No existió, en realidad, gran entusiasmo, porque no hay en el pueblo verdadera opinión republicana, pero pudieron haber sido cortados antes los incidentes sin la desdichada intervención del comandante del puesto de la Guardia civil, que dió pruebas de perturbación mental.

También en Villena, donde, a pesar de su importancia, sólo hubo durante los sucesos cuatro guardias civiles, intentaron algunos grupos detener los trenes, pero no lo consiguieron.

En San Juan de Alicante

San Juan de Alicante es un pueblecillo, de escaso vecindario, que dista unos tres kilómetros de la capital. Su población vive fundamentalmente de la agricultura y profesa de antiguo hondas y arraigadas convicciones religiosas. También hasta aquel pueblo, que apenas conmueven las rivalidades de la política, llegaron las aguas turbias de la revolución.

Un maestro, vecino de la localidad, conocido de todos por sus ideas avanzadas, se erigió en paladín de la República y reunió una facción de seis u ocho individuos. Al frente de ellos, cortó la carretera, a la entrada de la población, con bidones de los empleados por Firmes Especiales para el alquitranado de los caminos y trató de detener a cuantos "autos" fuesen con

dirección a Alicante y cuyos ocupantes no se hubiesen provisto del salvoconducto de la revolución.

El alcalde, enterado de ello, salió al encuentro del cabecilla y le dijo que hiciera el favor de retirarse.

—¿Quién me lo manda?—replicó el maestro.

—El alcalde del pueblo.

—¡Bah! Usted es el alcalde ahora, pero, dentro de bien poco, estará bajo mis órdenes, porque yo seré el amo.

Poco después llegaron de Alicante algunas fuerzas de la Guardia civil, ante cuya presencia los mismos revoltosos se apresuraron a dejar limpia la carretera de cuantos obstáculos en ella habían puesto. Incidentes semejantes y poco más o menos pintorescos se registraron en otros dos o tres pueblecillos de la provincia.

La alberca de San Fulgencio

No sabemos que en todos estos incidentes se produjera ningún grave desacato contra las autoridades eclesiásticas. En relación con este extremo, uno de los más prestigiosos elementos republicanos de Alicante nos refirió, para demostrarnos que se habían manifestado chispazos revolucionarios en todos los rincones de la provincia, el siguiente hecho:

En un pueblecillo—no nos supieron dar el nombre— inmediato a Albaterra actúa de párroco un sacerdote, que reside en este último y que diariamente se traslada al primero para cumplir sus deberes religiosos. El pueblecillo de referencia es tan pequeño, que apenas lo componen unas treinta o cuarenta casas.

En la mañana del lunes 15 llegaba a él el sacerdote de referencia para decir su misa y fué recibido a la entrada de la población por un grupo de hombres, quienes, al grito de "¡Viva la República!", lo cogieron en brazos y lo arrojaron a una alberca inmediata. De ella fué sacado inmediatamente por algunas mujeres, quienes lo llevaron a una casa, donde le secaron las ropas y evitaron que se le ocasionase daño alguno. El sacerdote no había sufrido más que el remojón y el susto consiguiente.

Damos esta versión tal como nos la dieron a nosotros. Si habremos de añadir que no la hemos podido comprobar en parte alguna. Ni en el Obispado de Orihuela, ni en el Arciprestazgo de Albaterra se tiene ningún antecedente, ni, por otra parte, según se nos afirma, existe en la provincia eclesiástica ningún pueblo cuyo párroco viva fuera de su parroquia.

Una elevada autoridad eclesiástica relacionaba este hecho con una añeja costumbre—ya, por fortuna, casi desaparecida—que existe en la aldea de San Fulgencio. En determinada festividad—creemos que el día de los Santos Inocentes—los mozos toman en brazos al cura párroco y lo arrojan a una alberca, de la que lo extraen inmediatamente y sin que sufra daño alguno. De todos modos, el citado pueblo de San Fulgencio no está nada próximo a Albaterra, aun cuando pertenezca a la misma provincia de Alicante.

Finalmente, se nos afirmó también que, en el pueblo de Benejúzar, penetraron algunos grupos en el templo parroquial dando vivas a la República.